lla! La aurora recibe su sér de los dorados rayos del sol...; con estos rayos se fecunda, y..., llegado el instante del alumbramiento, dá á luz al mismo sol que la fecundara.

¿Podéis, señores, encontrar imagen más acabada de María? Ella, aurora divina, dará un día á luz al Dios de quien hoy recibe el sér. Diré más: le da el sér para que le dé á luz. Si no se acercara el sol á nuestro hemisferio, no veríais la aurora en Oriente... Nace la aurora por el sol y para el sol. Y María ¿no nace por Jesucristo y para Jesucristo?

No; no es posible separar el nacimiento de María del nacimiento de Jesucristo. Nace hoy María y de los labios de la recién nacida la humanidad puede ya oir esta frase de los libros sapienciales: *Ego feci ut oriretur in cœlo lumen indeficiens.* ¡Qué misterio! Mas ¿qué digo? No hay aquí misterio alguno. La predestinación eterna de María estaba ya revelada al mundo en ese pasaje bíblico que la Iglesia pone en boca de la Virgen.

Ab initio et ante sæcula creata sum. «Antes de nacer estaba ya presente ante Dios;—así traduce estas palabras del Eclesiástico el abad Ruperto.—Antes de ser formada, era de mi Dios bien conocida. Me eligió antes de la creación del mundo para que en su presencia fuese Santa é Inmaculada por el amor. Y si sus delicias son vivir con los hijos de los hombres, ¿cuánto más grande no sería su delicia en admirar eternamente á esta criatura, maravilla de la humanidad?».... *Et usque ad futurum sæculum non desinam.* Si eterna fuí antes de nacer, ¿cómo no ha de persistir mi eternidad por los siglos de los siglos?... *Et in habitatione suncta coram ipso ministravi.* Yo misma me constituiré en morada, en habitación santa de mi Dios... *Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi.* Los hijos de Israel me aclamarán con aquellos gritos de júbilo que oyó Judit el día de su victoria sobre Holofernes: *Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu honorificencia populi nostri*: pues será Sión el trono de mi gloria, y en Jerusalén se

manifestará mi poderío: *et in Jerusalem potestas mea... Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hereditas illius.* Allí, en el pueblo escogido de mi Dios, en la herencia santa del Cordero Divino, se revelará á la humanidad el misterio de mi predestinación y el trono de mi gloria se levantará en la plenitud de los santos, en la Iglesia universal. *Et in plenitudine sanctorum detentio mea.* [1]

(1) In mystico hoc S. Ecclesiæ corpore cujus caput est Christus, ipsa collum, quod cœteris membris eminet, et per quod omnis á capite virtus derivatur in membra, apellatur; ut jure optimo Apocal. XII, quemadmodum ait S. Bernardus, sub ejus tanquam mediatricis pedibus luna, quæ nonnumquam, propter susceptum á sole splendorem, Ecclesiam hujus temporis á Christo, sole justitiæ, suis radiis illustratam significat, constituta legatur. Quod idem animadvertit S. Antoninus, IV part. ubi de Virgine splicat illud Eccli. XXIV. «In Jerusalem potestas mea» hoc est, in Ecclesia: «Quoniam Ecclesia, inquit. jure sub pedibus est Virginis, quia non tantum sub ejus patrocinio, verum etiam sub ejus est dominatione et potestate. Ergo, cum sit pars secumdum Christum omnium nobilissima, per quam Deus suam providentiam, et in homines misericordiam peculiari ratione exercet, præcipue commemoranda videbatur.» (A Lap. in Ecclesiasticum, cap. XXIV.)

Para el pensamiento de Dios no hay tiempos futuros ni pasados: la eternidad es un presente; sin sucesión de momentos. Así eternamente María es Madre del Verbo en el pensamiento divino.

«Trasportaos, dice un elegante escritor, hablando de la predestinación de María; trasportaos con el espíritu á la eternidad de Dios, antes de la creación.

Las orillas de la nada no han visto aun levantarse el sol de la vida. Dios reposa en la contemplación de su Pensamiento y en la beatitud infinita de su Amor. Y así como este Amor es absoluto, inmenso, derramándose por su naturaleza sobre todas las posibles creaciones, así también el Pensamiento se extiende y abraza todas las cosas cognoscibles. Los seres que un día han de agitarse al soplo de la Palabra creadora como ola de polvo levantada por el viento, pasan ante los ojos del Eterno como han de ser, tal como ya son para el ideal divino. En esta visión eterna en que surge el universo con todas

sus evoluciones, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo fijan especialmente su mirada en los seres dotados de alma y libertad. Los contemplan en su punto de partida: en su esencia, en su belleza inicial, en su vocación. Los contemplan á lo largo del camino que recorrerán en la tierra, libres, dueños de su destino, vencedores ó jadeantes, fieles ó desertores; cumpliendo, sin embargo, en el pleno uso de su libertad los designios decretados por el cielo. Les ven á su regreso á la patria eterna, ante el sacrificio supremo, ante la muerte, ante el tribunal divino, ante el castigo, ante la gloria. El conjunto de la humanidad libre evoluciona así libremente ante las miradas de la Trinidad Beatísima. Nace en la inocencia y el júbilo de la amistad divina. Se echa en el abismo del pecado. Precedida, seguida, rodeada y sostenida por la Misericordia, remonta yo no se qué pendiente vertiginosa, cuya base mancha Satán y cuya cumbre corona la Divinidad misma. De pecadora y maldita que era, se ha hecho divina por la Encarnación.

De la Encarnación, punto de contacto donde se encuentran la raza de Adán y la vida eterna, se lanza casi al seno del Padre para vivir, para amar, para embriagarse de los deleites sin medida y sin fin.

Dominando este conjunto, sobre esta admirable y grandiosa evolución de todos los seres, aparece una figura que se destaca luminosa, brillante, rodeada de virtud y coronada de gloria. A su vista, la mirada de Dios, de majestuosa y real, se convierte en tierna y acariciadora como la mirada conmovida del que ama, suplica y espera. Y, sin embargo, esta criatura será también formada de ceniza y de polvo. Ella pertenecerá á la raza caída, será hija de Eva. Pero como esas estalactitas que, en medio de las sombras de una gruta cenagosa, ofrecen su cristal inmaculado á los centelleos de un hilo de luz que allí penetra sin saber por dónde, así esta criatura aparece limpia del pecado que todo lo asola, que lo inunda todo. Ella nacerá en plena luz de santidad. Dos veces fecunda dará á

la humanidad todo lo divino que la humanidad está llamada á recibir: dará á Dios la única gloria que Dios puede alcanzar de la creación y del tiempo. Ella sola entre todos los seres, gozará con el Padre la gloria de poder decir al Hijo Eterno, al Verbo encarnado, Principio de todo lo que es en el cielo y en la tierra: *Filius meus es tu.*»

El Evangelio de hoy no sólo calla los nombres de los padres de María, como os hice notar al principio de mi discurso, sino que encierra toda la gloria de la Virgen en esta única frase: «*De qua natus est Jesus qui vocatur Christus*» Y es que los fueros de la gracia hacen aquí enmudecer á los fueros de la naturaleza. Señalada la predestinación eterna de esta criatura que hoy viene á la vida con el laconismo sublime: «*De qua natus est Jesus qui vocatur Christus*» ¿qué otra cosa pudo añadir en su honor el Evangelio? ¿Cabe gloria mayor que la de ser Madre del Hijo del Altísimo?

Para esto viene á la vida; para ser Madre de

Dios aparece hoy en la tierra. Ella nace, señores, para que nazca el Hijo del Hombre... La luz de su cuna es ya el resplandor lejano del establo de Belén.

«Esta niña que nace hoy, dice Santo Tomás de Villanueva, aparece en el mundo como la aurora al nacer: *quasi aurora consurgens.*»

¿Hay algo, más alegre ni más radiente que la aurora? El día no tiene una hora más bella. El otoño es triste porque en su seno todo muere; la primavera es alegre porque en ella todo nace. Triste es el crepúsculo de la tarde, que es la muerte del sol;... pero el alba es el orto de la luz, es el nacimiento del día...

La humanidad no tiene tampoco acontecimiento más fausto que el natalicio de un hombre.

Todo sonríe en torno de la cuna. Allí no hay hojas secas arrancadas del árbol de la vida por el huracán de los desengaños y las contradicciones. El ángel de la esperanza cubre al recien-nacido con flores, ocultando su porvenir con un

velo de color de rosa, á través del cual sólo adivinamos venturas.

Antiguamente, en el natalicio de los príncipes, era costumbre interpelar á los astrólogos, á los adivinos, sobre el futuro destino del que acababa de nacer.

¿Quién nos podría revelar hoy el destino de esta Niña, á quien adoran en su cuna los ángeles, y cuyos vagidos hacen estremecer al infierno? ¡Oh, dejadme, señores, dejadme evocar en este día á los divinos oráculos... Yo llamaré, con Santo Tomás de Villanueva, uno por uno á los Profetas!...

¡Profetas!... hablad, contestad: ¿Quién es esta criatura que acaba de nacer?

Esta niña, contesta Isaías, es aquel tabernáculo que había de levantarse en medio de los siglos para templar los ardores del sol y para proteger á la humanidad del torbellino de la desgracia y de toda lluvia de penas. [1] Es aquel

(1) Et tabernaculum erit in umbraculum diei ab æstu, et in securitate, et absconsionem á turbine et á pluvia (C. IV.)

terebinto de frondosas ramas, del que debía brotar santa semilla. [1] Vedla como nace alegre, con toda la hermosura y abundancia del Líbano, del Carmelo y de Sarón. [2]

Este es el verdadero Iris, dice Moisés, aquel arco que prometió Jehová para unir la tierra con el cielo, en señal de alianza sempiterna. [3]

Sobre esta colina que acaba de aparecer, contesta el Real Profeta, se sembrará un puñado de trigo, y tan altas y tan granadas han de ser las mieses, que producirán al mecerlas el aire, un ruido semejante á los cedros del Líbano azotados por el viento. [4]

(1) Sicut terebintus extendi ramos meos et semen sanctum erit in ea. (C. VI.)

(2) Germinans germinabit et exultabit lætabunda et laudans: gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron. (C. 2.)

(3) Cumque obduxero nubimus cœlum, apparebit arcus meus in nubibus. Et recordabor federis mei vobiscum et cum omni anima vívente quæ carnem vegetat: et non erunt ultra aquæ diluvii ad delendam universam carnem... Hoc erit signum fœderis quod constitui inter me et omnem carnem super terram. (Gen. IX.)

(4) Et erit firmamentum in terra et summis montium, su-